

cuadernos

AMIGAS DE DIOS, PROFETAS DEL PUEBLO



AMIGAS DE DIOS, PROFETAS DEL PUEBLO

Clara María Temporelli

1. PRESENTACIÓN	3
2. MÍSTICA, PROFETISMO Y JUSTICIA	5
2.1. ...y se vislumbró la primavera	5
2.2. El martirio como signo de amor	6
3. ALICE DOMON Y LÉONIE DUQUET: COMPROMISO Y LUCHA POR LOS DERECHOS HUMANOS	7
3.1. En medio de un mundo y una Argentina convulsionados	7
3.2. Un itinerario existencial de entrega y seguimiento	8
3.3. Compartir la «pasión» de Jesús, buscar a Dios en medio del dolor y la angustia	12
3.4. Desaparición, secuestro, tortura y asesinato	13
3.5. Dos vidas, dos estilos, un mismo Evangelio	14
4. ITA FORD, MAURA CLARKE, DOROTHY KAZEL Y JEAN DONOVAN: MUJERES DE DIOS, INCREÍBLEMENTE RESISTENTES	15
4.1. Una larga y cruenta guerra civil (1980-1992)	15
4.2. Vidas ordinarias extraordinarias	16
4.3. Oración y discernimiento ante la eminencia de la muerte	25
4.4. Mujeres que dieron su propia vida	26
5. AMIGAS FUERTES DE DIOS Y DE LOS POBRES	28
NOTAS	29
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	31

Clara María Temporelli (Argentina) es religiosa de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. Licenciada y Doctora en Teología, es profesora de Psicología y, actualmente, da clases de Mariología en la Facultad de Filosofía y Teología de la Universidad del Salvador (Buenos Aires, Argentina). Ha sido Superiora Provincial de Argentina y del Cono Sur (2006-2011) y miembro del Área Teológica del centro de estudios Cristianismo i Justícia. Ha centrado su actividad en acompañar y capacitar movimientos populares y comunidades eclesiales de base. Es autora, entre otras publicaciones, de *María, mujer de Dios y de los pobres* (2008), «*Amigas fuertes de Dios*», *¿amenaza? ¿para quiénes?* (2014) y *María a la luz de la fe del pueblo latinoamericano* (2014).

Edita: Cristianismo i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 13071-2016
ISBN: 978-84-9730-378-1 - ISSN: 0214-6509 - ISSN (virtual): 2014-6574

Impreso en papel y cartulina ecológicos - Dibujo de la portada: Ignasi Flores
Edición: Anna Pérez i Mir - Revisión y corrección del texto: Núria García y Pilar de la Herran
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Junio 2016

Protección de datos: La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

1. PRESENTACIÓN

«El pensamiento nace de los acontecimientos,
de la experiencia vivida y debe mantenerse
vinculado a ellos como los únicos indicadores
para poder orientarse.»¹

HANNAH ARENDT

En la historia, Dios sigue actuando, hablando y revelándose de muchas maneras, pero lo hace especialmente a través de amigos y amigas suyos como las mártires Léonie Duquet, Alice Domon, Ita Ford, Maura Clarke, Dorothy Kazel y Jean Donovan.² Ellas serán contempladas desde esta perspectiva de «amigas de Dios» porque con su vida se han convertido en profetas, en roca eclesial, en luz para iluminar nuestro camino, en manantial que refresca y renueva nuestras fuerzas en el combate de la fe y en nuestra entrega.

Animo desde el principio al lector a no permanecer indiferente ante los hechos que aquí se le presentan, y a experimentar que formamos parte de una corriente vital, de la que todos somos herederos. Pasado y presente participen de un mismo recorrido, de modo que, como afirma el historiador francés Marc Bloch, «la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado»³.

El propósito de presentar aquí a estas testigos es, por un lado, «¡Que todo el mundo reconozca los frutos de su esfuerzo! ¡Que todos en la ciudad la alaben por sus acciones!» (Pr 31, 31), y, por otro, que lleguemos a com-

prender por qué personas tan aparentemente frágiles llegaron a convertirse en una amenaza para los poderosos de este mundo. Las mártires, doblemente invisibilizadas como mujeres y como monjas, salen del anonimato y nos enseñan que la fe, la confianza en Dios y la resistencia son imprescindibles en el camino de la vida. Nos muestran una sensibilidad, una valentía y una capacidad de no desfallecer ante las amenazas, el miedo, la persecución, el don de amar la vida y a los demás, sobre todo la vida de los desamparados de este mundo. Ellas nos remiten también a otras experiencias menos positivas pero que igualmente forman parte de

nuestro mundo, experiencias de incertidumbre, horror y muerte, que acabaron por arrastrarlas hasta el martirio.

La sociedad latinoamericana y caribeña ha sufrido sistemas políticos represivos y autoritarios que han amenazado a sus gentes generando como respuesta un «miedo crónico». Miles de personas han sido perseguidas, privadas de libertad, torturadas, violadas, asesinadas o exiliadas. Una situación agravada por la articulación del poder militar con el económico y con el mediático. Juntos han conducido la globalización, dándole la dirección que les ha interesado. Y a ello se suma la cuestión ecológica: buscar exclusivamente alternativas energéticas es querer mantener el sistema imperante.

Y lo que hay que hacer es buscarle una alternativa: otra manera de produ-

cir, de consumir, de tratar la Tierra. El sistema vigente se ha topado con un límite: la naturaleza. No existe otra solución que cambiar o, de lo contrario, destruiremos el planeta. Pero existen intereses económicos que impiden un cambio en este sentido, y por eso mismo el poder persiste en la aniquilación, tanto de las personas como de la propia Tierra.

Mujeres comprometidas con sus creencias y con la Tierra se erigen, pues, aunque ello les cueste la vida, como testimonios incontestables de la reivindicación y la denuncia de estos sistemas políticos que dan la espalda a los derechos humanos más básicos.

Sirvan estas páginas como recuerdo y en reconocimiento de ellas, dado el valioso testimonio que cada una representa.

2. MÍSTICA, PROFETISMO Y JUSTICIA

«Para ustedes, que tienen mi nombre, el sol de
justicia brillará, con la salvación en sus rayos».
(Malaquías 3,20)

El contexto de la vida consagrada (VC) es el marco y pozo del que bebieron las mártires. Este contexto social, histórico y espiritual animó sus procesos de inserción e inculturación, y les llevó a comprometerse con los empobrecidos y sufrientes con quienes convivieron y a defenderlos.

2.1. ...y se vislumbró la primavera

En América Latina y el Caribe, con el Concilio Vaticano II y con las conferencias de Medellín y Puebla,⁴ la Iglesia vislumbró la primavera –sintió una brisa suave, olió el perfume de los azahares, vio los almendros florecidos que ya la anunciaban– y comenzó a dejarse guiar por el Espíritu que lo habitaba todo. El Espíritu la llevaba tomada de la mano por senderos de humanización. Le anunciaba el amanecer en medio de la noche y, como en las profecías, el esplendor de la vida iluminaba los rostros de la humanidad.

Había esperanza. Las mujeres y los hombres de Dios se ponían a caminar por la justicia al lado de los pobres, se insertaban en la cultura de su tiempo, no condenaban sino que trataban de comprender, de tener compasión y coraje. Juan XXIII y Pablo VI abrían el cora-

zón de los cristianos al mundo, a otras iglesias cristianas, a otras religiones, a todas las razas y naciones. Era un impulso que nada ni nadie podía parar: Teología de la Liberación (TL), Conferencia Latino Americana de Religiosos y Religiosas (CLAR), Comunidades Eclesiales de Base (CEB)..., nuevas opciones, desplazamientos, inserciones, metodologías, análisis críticos. En definitiva, descubrimiento y admiración por las culturas que enriquecen nuestro mundo. Surgía una nueva espiritualidad, una nueva manera de mirar desde Jesús, de comprender su proyecto, su causa, para que a través de la organización dinámica de la convivencia y la sociedad, el Reino pudiera hacerse visible en nuestra historia. La encarnación solidaria fue el santo y seña del concilio.

Y en este contexto, la vida consagrada llegó a lugares impensables y significó vida para los pobres, los sufrien-

tes, y para ella misma. En este proceso de «desplazamiento», de «éxodo», de «opciones radicales», la vida consagrada femenina se lanzó con coherencia y audacia.

2.2. El martirio como signo de amor

Desde los albores del cristianismo, existe y se sufre persecución a causa del Evangelio. Los mártires y los testigos⁵ son la máxima expresión del seguimiento de Cristo pues donando su vida manifiestan la fuerza inerme y colmada de amor por los demás. Son ellos los que hacen creíbles la fe cristiana y la Iglesia.

Desde el Concilio Vaticano II son decenas los consagrados que han entrado a formar parte del martirologio latinoamericano. El número de mártires cristianos ha sido en las últimas décadas mayor que el que se produjo en tiempos del Imperio romano. Con la diferencia que en la actualidad ya no se mata por creer en Jesucristo, sino por haber optado por los crucificados de hoy.

Antes del Vaticano II se resaltaba como motivo principal y condición necesaria para el martirio el *odium fidei*, pero fue el mismo concilio el que amplió la visión teológica del martirio. El texto de la *Lumen gentium* (42) no habla ni de profesión de fe ni de *odium fidei*, únicamente los presupone. Prefiere hablar de martirio como signo del amor que se abre hasta hacerse total donación de sí. Se recupera de este modo su sentido originario.

Jesús no muere por una confusión de sus enemigos, ni por ningún fallo judicial. Ni los judíos ni los romanos se confundieron, pues la acción de Je-

sús y el anuncio del Reino eran una amenaza contra el sistema político y religioso establecido. Jesús muere porque anunció el Reino, por su solidaridad con los más pequeños, por su apuesta por las víctimas. Su muerte no debe ser contemplada al margen de su vida. También pasó con Juan Bautista o con Esteban o con tantos otros y otras perseguidos por sus propios hermanos en la fe, al sentir cuestionados y amenazados sus intereses. Mártir, por tanto, es fundamentalmente aquel o aquella que, en lo sustancial, sigue a Jesús, vive dedicado a su causa y puede llegar a morir por ella. Es aquel que paga su compromiso y su seguimiento con la vida o con persecuciones, acusaciones, humillaciones...

Así definió Pedro Arrupe, general de la Compañía de Jesús, lo que son los mártires: «Mártires son las personas que la Vida Religiosa, el mundo y la Iglesia necesitan. Impulsadas por el amor a Jesús, identificándose con los sufrientes, viven con ellos hasta dar la vida en su ayuda. Mujeres y hombres valientes que saben defender los derechos humanos, hasta el sacrificio de sus vidas, si fuera necesario»⁶.

En este contexto de injusticia violenta, es donde entendemos mejor la muerte de personas inocentes como Alice, Léonie, Ita, Maura, Dorothy K, Jane... y tantas otras. Con sus vidas Jesús pasó por Argentina, El Salvador, Colombia, Brasil... y lo hizo durante un período político terrorífico. Y todavía hoy sigue pasando en medio de la codicia y la ambición, porque su testimonio desencadena una historia personal de fe, esperanza y compromiso. Y su memoria crea historia social y comunidad eclesial.

3. ALICE DOMON Y LÉONIE DUQUET: COMPROMISO Y LUCHA POR LOS DERECHOS HUMANOS

Entre el 8 y el 10 de diciembre de 1977, la Armada Argentina llevó a cabo un operativo que acabó con el secuestro y desaparición de trece personas, entre ellas Alice Domon y Léonie Duquet. A finales de ese mismo mes, aparecieron en la costa atlántica algunos cuerpos que fueron inhumados en el cementerio de General Lavalle, cerca de la desembocadura del río de La Plata.

En el año 2005, el EAAF (Equipo Argentino de Antropología Forense) exhumó siete de esos cuerpos, de los cuales pudo identificar a cinco: tres madres fundadoras de las madres de la Plaza de Mayo (María Eugenia Ponce de Bianco, Azucena Villaflor de Devinenti y Esther Ballestrino de Careaga), una militante del partido comunista (Ángela Auad), y la religiosa Léonie Duquet. Otras ocho personas permanecen desaparecidas, entre ellas la hermana Alice Domon.

Por decisión de su familia, la tumba de Léonie se encuentra en la parroquia de Santa Cruz del barrio de San Cristóbal de la ciudad de Buenos Aires, por ser «la última tierra libre que sus pies pisaron».

3.1. En medio de un mundo y una Argentina convulsionados

Para comprender lo vivido por Alice y Léonie —monjas francesas— conviene contextualizar lo que sucedía en el país y en el mundo en la década de los sesenta. Eran los momentos más álgidos de la guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, una guerra de poder que se trasladaba a casi todos los rincones del planeta en forma de pequeños o grandes conflictos. Era el momento también de las guerras anticoloniales de Argelia y Vietnam, de la extensión de la revolución cultural China, de la aparición de líderes mundiales como Martin Luther King o Nelson Mandela... Paradójicamente,

cuando la destrucción de todo parecía tan cercana, también todo parecía posible: las utopías ideológicas, como la socialista, y otros caminos para encontrar un mundo más justo y más humano.

Argentina vivía todo ello con sus especificidades, inmersa en un proceso histórico convulso y una elevada inestabilidad política. El peronismo que dominó la política argentina durante años estaba proscrito y se implantó una dictadura militar férrea desde 1966. Al frente de esta se hallaba Juan Carlos Onganía, católico preconiliar al que la jerarquía religiosa rendía pleitesía negándose a declararlo dictador. Se inauguraba la época de injerencia norteamericana y de la adopción, como principio básico de gobierno, de la «doctrina de la seguridad nacional», que adquiriría su máximo apogeo en la dictadura militar a partir de 1976. En la Iglesia se producía lentamente una gran división interna, con una parte que se identificaba con el ejército y los gobiernos militares, y la otra cada vez más comprometida políticamente con los pobres.

Nació por aquellos años el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM), formado principalmente por sacerdotes activos en villas miserias⁷ y barrios obreros, que llegó a contar con la adhesión de casi 1.300 sacerdotes de toda América Latina. Este movimiento envió una carta a los obispos reunidos en la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968) pidiendo que se distinguiera la injusta violencia de los opresores de la justa violencia de los oprimidos, una distinción que hasta cierto punto los obispos recogieron.

El 17 de noviembre de 1972 se produjo el retorno del expresidente general Perón, que al cabo de unos días recibió a representantes del MSTM. Para algunos, el general los trató con un tono paternalista; para otros, fue una reunión inolvidable. Lo cierto es que supuso el principio del fin del movimiento eclesial. Después de cinco años de encuentros, de análisis de la realidad del país y de la Iglesia, de orientaciones teológico-pastorales para el pueblo de Dios, el movimiento se disolvió al no poder salvar sus discrepancias políticas y teológicas.

A la muerte de Perón el 1 de julio de 1974, al ser sucedido por su esposa, María Estela Martínez de Perón, se inició un nuevo período convulso que acabó con la destitución de esta y su detención el 24 de marzo de 1976 por la Junta de Comandantes, que designó como presidente *de facto* al teniente general Videla. La dictadura militar puso en marcha el terrorismo de Estado con una represión implacable de las fuerzas políticas, sociales y sindicales, con el objetivo de someter a la población e imponer el «orden», sin ninguna voz disidente. Se inauguró el proceso autoritario más sangriento que registra la historia de este país.

3.2. Un itinerario existencial de entrega y seguimiento

Las vidas de Léonie y de Alice están entrelazadas de tal manera que es difícil nombrar la una sin la otra. Entraron en la misma congregación: las Misioneras Extranjeras de París. Aceptaron ser enviadas a Argentina desde Francia, vivieron y oraron juntas, compartieron

ideales y tareas apostólicas, y forjaron una relación de amistad que las unió hasta la muerte. Sus existencias van acompañadas por el ideal y la concreción de la entrega a los demás, sobre todo a los más desfavorecidos, que mana de Jesucristo y su seguimiento.

Léonie Renée Duquet

Nació en el año 1916 en la aldea campesina de La Chenalotte, en la región de Longemaison, Les Combes, en el departamento francés de Doubs. En el año 1949 viajó a Argentina para fundar la primera casa de su congregación en este país. Se instaló en Hurlingham, en la diócesis de Morón, orientándose a la catequesis de las personas con necesidades especiales. Formó parte del grupo dirigido por el sacerdote Calcagno, primo de Videla, el dictador que años después estaría al mando de Argentina en el momento de ser secuestrada y asesinada. Paradójicamente, lo conoció de joven debido a que el general recurrió a su ayuda para que asistiera a su hijo Alejandro, un niño discapacitado a quien Léonie cuidó, enseñó y catequizó en la Casa de la Caridad de Morón.⁸

El compromiso de Léonie fue creciendo y, al producirse el golpe militar de 1976, decidió no permanecer pasiva y actuar en defensa de los derechos humanos. Para explicar su actitud solía repetir una frase: «Callarse hoy sería cobarde».

A través de sus cartas conocemos cómo fue su vida en aquel tiempo.⁹

«Todas las mañanas y tardes hasta las 8.00 o 9.00 de la noche estoy en la casa de la Catequesis... Tengo trabajo en las Parroquias, lo que me

conduce a hablar a los curas para que ellos también entren en la renovación litúrgica y catequista. Muchos curas de montaña estarían sorprendidos si vieran lo que se hace aquí.

Una hermana atiende una colonia de vacaciones con niños down; es la primera experiencia en América del Sur. Todos los meses tengo reuniones con los catequistas de la diócesis. Continúo con entusiasmo en el barrio pobre con los niños y los jóvenes».

«Hay que ver lo que los jóvenes saben de política y de los problemas del Tercer Mundo, fruto de los países como Estados Unidos y Europa. Esperamos el 25 de marzo de [1973] con esperanza. [...] Hay deseos de paz y voluntad de reconstruir el país, sumido en la miseria. Nuestras hermanas colaboran con los trabajadores de los tabacales en la provincia de Corrientes para exigir un sueldo justo, justicia en sus tierras, trabajo, una ha hecho huelga de hambre durante diez días [...] medio pacífico para obtener justicia. [...] Están contentas y las apoyamos [...] el país no duerme: lucha, América del Sur dará lecciones a nuestro viejo continente. Abrid los ojos y los de vuestras alumnas...»

«Nos desilusionó mucho el Sínodo [de 1971]. Los obispos argentinos eran tradicionalistas [...] En lo económico: frente a una inflación del 30 o 40%, los sueldos se elevan sólo el 5%... Hago el papel de cura pues tengo mi capilla junto a mi casa; tengo lucha con los tradi-

cionalistas, fama de tercermundista, comunista. Callarse hoy sería cobarde, sería la muerte. Siempre queda la alegría de darse y sacrificarse por los demás».

«Las elecciones estuvieron a favor del pueblo y de eso nos alegramos, el régimen que tenemos desde hace quince años provoca revueltas y es responsable de secuestros. Lo apoyan los Estados Unidos, que ha puesto su bota en América del Sur. [...]

Estoy bien a pesar de lo que ocurre (vigilancias, persecuciones). Cuando una está con Dios ¿qué puede temer?»

Gran amiga de Alice Domon, cuando esta empezó a sentirse perseguida y amenazada la acogió en su casa, contenta de poder manifestarle su apoyo. Alice no abusaba y cambiaba frecuentemente de alojamiento. Vivía aquello que Jesús vaticinó dos mil años antes: «El Hijo del hombre no tiene donde recostar la cabeza» (Mt 8,20).

Alice Domon

Nació el 23 de septiembre de 1937, en Charquemont, en la región de Doubs, Francia, y en 1957 ingresó a la misma Congregación que Léonie. Del carisma le atrajo «hacerse toda a todos» (Corintios 9, 22). Llegó a Argentina entre 1965 y 1967, se reunió con Léonie Duquet y, como ella, se dedicó a enseñar catequesis a personas con necesidades especiales.

Aunque Alice no había recibido formación política comenzó a vivir en un ambiente donde lo político se

imponía. La organización popular, el accionar de los movimientos políticos, la denuncia ante la concentración del poder económico y la sucesión de gobiernos militares... Imposible escapar de una situación política en plena ebullición. «Para esto he nacido», escribió en una carta a su familia:

«Todas las noches, hacemos nuestra meditación a partir de los hechos, de lo que hemos visto durante el día».

La plegaria de Alice era una meditación sobre los padecimientos de los desamparados, fervoroso alegato ante Dios, para comprender desde la fe las injusticias que había combatido desde la militancia cristiana.

Escuchémosla directamente a través de sus cartas:

«Hoy la casa quedó terminada: una sola habitación de tablas, de 2,7 metros por 3, una puerta, una ventana, un techo de fibrocemento. Durante el día, las dos camas están una sobre otra para que se pueda abrir la puerta. Intentaremos vivir con el espíritu de Jesús el Nazareno, sin programas de reuniones o trabajo; solo queremos compartir sus vidas. Se trata de un lugar que en Francia llamamos *bidonville*, donde mucha gente padece la pobreza, las injusticias y el desprecio, tenemos la suerte de trabajar con un sacerdote que habita esta Villa Miseria desde hace dos años y vive plenamente».

«Aquí con la hermana Montserrat (Bertrán), nos llevamos bien, no es

amistad o simple afinidad. Nos conocíamos muy poco y fue el trabajo lo que nos unió y nos hizo ir más allá de lo demás. Me siento libre con ella y con confianza como para contarle todo y hablar de cualquier cosa. Esto simplifica las relaciones y hace visible el aspecto comunitario. La gente nos dice: “Parece que os queréis tanto” o “Debe ser agradable vivir como vosotras”».

«Esta vida en comunidad supone una amistad verdadera, una estima profunda hacia la otra, si no, puedes aburrirte mucho y terminar neurasténica. La casa tan poco confortable se presta a la intimidación, dando su valor a cada cosa: por ejemplo la vela cuando anochece, si discutes con tu compañera no tienes lugar para alejarte y callar, hay que arreglar las cosas en el momento».

«Tendremos que ganar su amistad... Es necesario tiempo y disponibilidad: ser pobres como ellos para comprenderlos, eso supone que una se despoje de sí misma y *de todo*. Prácticamente no tienes tema de conversación. Por eso nuestro trabajo de empleadas domésticas es importante: nos une con las mujeres, puedes decirles: Para mí es igual».

Las villas se poblaban cada día con personas de países limítrofes y campesinos. Alice se preguntaba cómo podía ser posible pasar tanta hambre en el campo. Para ella, francesa e hija de campesinos, profundamente familiarizada con los principios republicanos, el feudalismo que aún reinaba en

algunas partes de América Latina era incomprensible.

A comienzos de 1971, en las provincias de Chaco y de Corrientes, los obispos acompañaron la formación de las Ligas Agrarias, ayudaron a los peones a organizarse, hablaron de justicia y de derecho a la vida, y enviaron sacerdotes para que les ayudaran. Los peones tomaron conciencia de su dignidad, e impulsados por la Iglesia se unieron para reclamar sus derechos, oponiéndose cada vez más al régimen que los mantenía esclavos desde tiempos lejanos. Con la colaboración de los curas y las monjas, fueron avanzando. Alice comprendió que podía colaborar con ellos y evitar así la migración a la ciudad, donde resultaba imposible salir de la pobreza. Pero antes de partir a Corrientes para unirse a las Ligas Agrarias, pidió su parecer a la gente de la villa. Estos, entristecidos pero generosos, aceptaron que partiera al servicio de otros más pobres.

En 1976 se nombró intendente a un militar, que convocó a las hermanas advirtiéndoles: «Nosotros tenemos una misión y esa misión consiste en vigilarlas». Para los militares, Alice era una persona indeseable, y así se lo comunicaron: «Si ustedes [los campesinos] continúan con la hermana, los vamos a detener a todos». Es por ello que se vio obligada a abandonar el rancho donde vivía con una familia y regresar con las hermanas.

Los allanamientos se sucedieron. Trasladados en camiones, los soldados invadieron la casita de las hermanas. Se llevaron algunas diapositivas, el texto de una declaración de obispos brasileños, los apuntes de un retiro espiritual y una ficha litúrgica dominical. Otros

allanamientos tuvieron lugar en las casas de militantes de las Ligas Agrarias. Sin luz eléctrica, sin teléfono, sin carretera asfaltada, cualquier cosa podía ocurrir. Poco después el intendente le «prohibió» a Alice que trabajara en el campo. Ella decidió de nuevo alejarse para no perjudicar a nadie y buscar trabajo como cosechera, «golondrinas» las llamaban. Por aquel entonces escribía: «estoy buscando otra cosa antes de tomar la decisión de volver a Francia».

Durante su ausencia, los militares volvieron a la casa de las hermanas y la asaltaron violentamente, como si se tratase de una fortaleza. Una vez dentro, con dos Biblias unidas con cinta adhesiva formaron una cruz. El mensaje era claro.

3.3. Compartir la «pasión» de Jesús, buscar a Dios en medio del dolor y la angustia

La situación en el campo se hizo insostenible, por lo que Alice abandonó su vida en el interior del país y regresó a Buenos Aires. En la capital se encontró con personas que buscaban a sus familiares desaparecidos. Se unió a ellos y juntos trataron de hallar un medio para romper el silencio. Por entonces, el obispo de Quilmes, Jorge Novak, cofundó el Movimiento Ecuaménico de Derechos Humanos (MEDH) y puso en marcha una oficina de Justicia y Paz. Allí Alice escuchaba, tomaba notas de todas aquellas personas con hijas e hijos desaparecidos y, junto a Léonie, brindaba apoyo espiritual y material para vivir.

También acudía a los tribunales y ministerios, donde encontró a las ma-

dres de Plaza de Mayo, a las cuales se unió. Cada semana compartía la «ronda de los jueves» frente a la Casa de Gobierno, hasta que un día la policía decidió intervenir. Como eran más de 400 personas, vaciaron los autobuses que circulaban por allí en aquel momento para llenarlos con las manifestantes detenidas. Alice estaba entre ellas; la interrogaron pero esta vez la dejaron libre.

El único periodista que por aquellos días logró entrevistar a Domon fue Jean Pierre Bousquet, que la conoció cuando en representación del MEDH ella participó, en compañía de las madres de Plaza de Mayo, en una marcha. En su libro *Las locas de la Plaza de Mayo*¹⁰ afirma: «Nada en ella llamaba la atención a primera vista, parecía más bien un poco ruda, pero cuando se dirigía a alguien a quien amaba tenía en su mirada una luz muy dulce». Alice le habló de su trabajo en Perugorria, en Chaco, con la comunidad paraguaya en Buenos Aires, pero sobre todo insistió con las madres de Plaza de Mayo: «Me enteré de que el Movimiento Ecuaménico, que se ocupa de ellas, necesitaba ayuda y no dudé». También afirmó:

«Yo no juego ningún rol. No soy más que una simple religiosa que ha hecho el voto de llevar asistencia a los habitantes desesperados de su parroquia. No hago política, no es mi función. No pretendo en absoluto cambiar la sociedad, pero considero que no podemos estar ausentes allí donde hay gente que sufre. No se trata de derramar buenas palabras, de tener una expresión de consuelo y luego desinteresarse de su suerte. Se trata de estar con ellas, de ayudarlas material y espiritualmente.

Basta que yo viva mi vida a su lado, que ellas comprueben que yo, religiosa, estoy con ellas y en perfecta concordancia con mi vocación.

Lo que viven esas madres, su sufrimiento y su coraje, no puede provocar indiferencia. Esta es la única razón que me llevó a aceptar esta entrevista. Es necesario que ustedes, los periodistas, cumplan también con su deber: dar a conocer lo que padecen estas mujeres. No tenemos derecho a callarnos. Sea lo que fuere que hayan podido hacer las personas secuestradas, y ni siquiera busco enterarme de ello, no hay derecho a torturar, tal como se hace a esas mujeres»¹¹.

3.4. Desaparición, secuestro, tortura y asesinato

En diciembre de 1977 las hermanas Alice y Léonie, junto con las madres de Plaza de Mayo y militantes de derechos humanos, prepararon un manifiesto con el nombre de los desaparecidos y reivindicaron que el Gobierno diera a conocer su paradero. El manifiesto fue publicado en el diario *La Nación* el 10 de diciembre de 1977. Entre los firmantes figura *Gustavo Niño*, nombre falso que utilizaba el capitán de la Armada Alfredo Astiz para infiltrarse en el grupo que se reunía en la parroquia Santa Cruz.¹²

La mayor parte del grupo fue secuestrado el 8 de diciembre en esta parroquia. Alice estaba entre ellos. El día 10, secuestraron a Léonie, de 71 años, a quien fueron a buscar en Ramos Mejía, y que llevaron engañada, diciéndole que Alice estaba en el hospital y la llamaba.

Alice fue llevada al centro clandestino de detención ubicado en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), controlado por la Armada Argentina. Permaneció allí aproximadamente diez días, lapso durante el cual fue constantemente torturada. Igual suerte corrió Léonie.

La nacionalidad francesa de ambas originó un escándalo internacional. Por eso se ordenó informar que ambas monjas habían sido secuestradas por Montoneros. El periódico *La Nación*, el 15 de diciembre de 1977, bajo el título «Vivas y con buena salud», informaba que la superiora de la congregación declaraba desde Francia que Léonie y Alice habían sido detenidas por un grupo guerrillero y que «se hallan vivas y con buena salud». Aclaraba que la información provenía del nuncio apostólico en Argentina.¹³ Entre los días 14 y 18 de diciembre, las dos hermanas y el resto de detenidos fueron trasladados al aeropuerto militar de Buenos Aires, subidos sedados a un avión de la Armada y arrojados vivos al mar frente a la costa de Santa Teresita, muriendo al chocar contra el agua. En un ejemplo de humor perverso, los marinos hacían referencia a «las monjas voladoras».¹⁴

Un tribunal de Buenos Aires condenó, el 27 de octubre de 2011, al ex-capitán Astiz a prisión perpetua por delitos contra la humanidad cometidos en la antigua ESMA, el mayor centro clandestino de detención entre los años 1976-1983. Cuando escuchó su condena, Astiz se colocó una escarapela argentina en la solapa de su abrigo y esbozó una leve sonrisa socarrona.

La abogada de las víctimas, Sophie Tonon, expresó: «Tanto las familias de

Alice, de Léonie, y yo como su abogada, nos alegramos mucho de que, 35 años después, la Justicia argentina haya tomado una decisión igual a la que Francia tomó hace más de veinte años». Aludió de esta manera al fallo por el que la Corte de Apelaciones de París condenó a Astiz a reclusión perpetua en 1990, cuando las leyes de impunidad impedían juzgarlo en Argentina.

3.5. Dos vidas, dos estilos, un mismo Evangelio

Desde que Léonie y Alice llegaron a Argentina hasta su asesinato experimentaron un proceso de cambio notable, desde posiciones que las ubicaban, como a tantas otras «monjas», dentro de una concepción tradicional en la Iglesia y en la vida religiosa, hasta en su forma de encarar el trabajo pastoral con los pobres.

Los efectos de la renovación conciliar y un nuevo sentido de justicia las llevó a situarse del lado de los más débiles, en un contexto donde un sector importante del catolicismo argentino y latinoamericano se definía como afín al socialismo y proclamaba la imposibilidad de que la Iglesia se quedara al margen del proyecto liberador del que participaban numerosas organizaciones políticas y distintos grupos sociales. La ambivalente definición de Alice acerca de su trabajo, al que calificaba siempre como no político, es una demostración de su dificultad para romper con el imaginario tradicional de una vida consagrada opuesta al tipo de opción y de práctica que *de facto* venían llevando a cabo. Léonie sorprende por la lucidez de sus lecturas

políticas referidas al proceso electoral de 1973 y del masivo apoyo popular hacia el peronismo, al que se sintió cercana. Asimismo, su experiencia en una comunidad villera la acerca, sin necesidad de grandes definiciones teóricas, a una práctica comprometida con la transformación de la sociedad.

Sin duda, Alice y Léonie son dos personas diferentes que confluyeron en una misma suerte final. Su delito consistió en asumir la causa de los empobrecidos, lo que provocó la reacción de un sistema injusto y cruel que las destrozó. Eliminando a los testigos se atacó el Evangelio.

Seguramente, ellas no nos permitirían hablar de santidad. Dirían simplemente que intentaron llevar el Evangelio al interior de la miseria. Vivieron la pasión de las víctimas, anunciaron y testimoniaron la resurrección a la luz de Jesucristo.

Muy pocos actores sociales y políticos se atrevieron a alzar la voz contra la dictadura. La Iglesia jerárquica fue la primera en tener conocimiento de los hechos que acontecían en el país, ya que era la institución a la que mayoritariamente recurrían los familiares de las víctimas en busca de ayuda. La Iglesia sabía lo que sucedía, una gran parte de sus integrantes calló por miedo, un silencio cómplice. Otra parte fue víctima de la dictadura ya que, al optar por la justicia, padeció persecución y algunos de ellos fueron asesinados.

Fue el caso de Alice y Léonie y de tantas y tantos otros mártires. Sus acciones de proximidad se volvieron padecimiento; sus palabras, silencio; sus silencios, testimonio; sus testimonios, revelación de la grandeza de lo humano.

4. ITA FORD, MAURA CLARKE, DOROTHY KAZEL Y JEAN DONOVAN: MUJERES DE DIOS, INCREÍBLEMENTE RESISTENTES

Corría el año 1980 cuando comenzaba en El Salvador la guerra entre quienes luchaban por una reforma social y las fuerzas de seguridad salvadoreñas.

El 2 de diciembre, cuatro mujeres de Estados Unidos, tres religiosas y una misionera laica, fueron secuestradas, violadas y asesinadas. Sus nombres eran: Maura Clarke e Ita Ford, misioneras de Maryknoll, Dorothy Kazel, ursulina, y la misionera laica Jean Donovan. Con su vida y su muerte estas mujeres unieron su suerte a la de miles de víctimas, mayoritariamente pobres y desconocidas para el mundo exterior: sacerdotes, catequistas laicos e incluso el arzobispo de San Salvador, monseñor Óscar Romero, asesinado pocos meses antes, el 24 de marzo de ese mismo año. Cerca de un millón de

personas resultaron desplazadas por el conflicto, más de setenta y cinco mil perdieron la vida y otras nueve mil permanecieron desaparecidas.

4.1. Una larga y cruenta guerra civil (1980-1992)

El Salvador vivió durante los años sesenta y setenta graves disturbios sociales y políticos, fruto de las desigualdades económicas, la represión, la falta de libertad y la pobreza generalizada. La situación se agravó hasta que los movimientos populares empezaron a

organizarse en guerrillas, lo que originó un conflicto armado contra el Gobierno militar.

El enfrentamiento entre el Gobierno y la guerrilla ocasionó en el país una guerra civil que duró doce años. Los militares salvadoreños fueron entrenados, financiados, armados y asesorados por los Estados Unidos, que dieron en todo momento cobertura y seguridad al Gobierno de El Salvador. Cada unidad militar del ejército y de la policía tenía a su cargo un «escuadrón de la muerte», que ejecutaba acciones (asesinatos, secuestros, extorsiones, amenazas y otros delitos) en contra de personas identificadas como guerrilleras, o consideradas sospechosas de apoyar la lucha contra el Gobierno.¹⁵

El 24 de marzo de 1980, el arzobispo de San Salvador, monseñor Romero, fue asesinado durante una misa que oficiaba en la capilla del hospital Divina Providencia. Esto sucedió después de haber expresado la urgencia de que los Estados Unidos retiraran su apoyo militar al régimen salvadoreño y ordenaran a la Junta Militar el cese de la represión.

En diciembre de 1990, el grupo guerrillero Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) lanzó lo que sería la última ofensiva de carácter nacional. Para ello utilizó por primera vez misiles tierra-aire con los que derribaron varios aviones. Al establecerse una especie de equilibrio de fuerza, el Gobierno salvadoreño accedió a un proceso de negociación entre las partes que concluyó con la firma del Acuerdo de Paz, que permitió la desmovilización de la guerrilla y su incorporación a la vida política el 16 de enero de 1992.

Durante los años del conflicto armado, cualquier medio de comunicación que denunciara abiertamente la represión y los asesinatos por parte del Gobierno militar sufría atentados y persecución. Se imponía, pues, la cautela. Además, la mayor parte de las publicaciones salvadoreñas fueron fundadas con criterios empresariales y no como portavoces de causas políticas, lo que originó que la oposición política, para hacer oír su voz, tuviera que utilizar las publicaciones de la Iglesia católica.¹⁶

Con los años empezaron a llegar corresponsales internacionales de prensa, sobre todo de los Estados Unidos. Ellos dieron a conocer al mundo lo que pasaba en El Salvador, a riesgo de perder sus vidas. Durante la guerra, más de treinta periodistas murieron violentamente.

4.2. Vidas ordinarias extraordinarias

Acerquémonos en unas breves líneas al itinerario existencial de estas mujeres para saber algo más de sus vidas, sus motivos y su compromiso hasta el final.

Ita Ford

Nació en Brooklyn el 23 de abril de 1940. Desde joven deseó ser misionera y pertenecer a la Congregación de Maryknoll. Cuando terminó sus estudios universitarios, trabajó como editora en una compañía publicitaria y, en 1971, se unió a las hermanas de Maryknoll.

Estudió castellano en Cochabamba (Bolivia) y fue allí donde empezó a conocer las tremendas desigualdades

sociales que existían: «Estoy viviendo cosas que no puedo comprender. Hay tanta incongruencia que es difícil creerlo [...] habría que pasar mucho tiempo aquí para entenderlo». En 1973 se fue a Chile, justo antes del golpe militar del 11 de septiembre que derrocó al presidente Allende. Los años de la dictadura del general Pinochet fueron duros, amargos: miles de personas fueron torturadas, secuestradas, encarceladas, asesinadas. Ita vivió en un barrio pobre en las afueras de Santiago con la hermana Carla Piette. Durante este tiempo de represión, miedo y aumento de la pobreza, acompañaban y ayudaban en lo que podían.

En medio de esta realidad, Ita Ford escribió:

«¿Es mi deseo sufrir con esta gente su impotencia? ¿Qué puedo decirles? No tengo soluciones, no sé las respuestas, pero caminaré con ellos, estaré con ellos. ¿Puedo dejarme evangelizar por esta oportunidad? ¿Puedo mirar y aceptar mi pobreza como la aprendo de los pobres?»

En 1980, Ita y Carla respondieron a la llamada de monseñor Romero y a la de su congregación, muy comprometida con la represión que estaba sufriendo El Salvador. A ellas se unieron varias hermanas que se encontraban en Nicaragua, donde la guerra civil había concluido y el dictador Somoza había abandonado el país. Mientras marchaban hacia su nueva misión supieron del asesinato de monseñor Romero. Este hecho desencadenó una crisis eclesial muy profunda, y la archidiócesis parecía caminar sin rumbo. Después de va-

lorar la situación con el vicario general de San Salvador, con el nuevo administrador apostólico, con el provincial de los jesuitas y con agentes de pastoral, Carla e Ita decidieron trabajar con los refugiados de Chalatenango.

En junio de ese mismo año, ambas comenzaron su tarea y pronto comprendieron la magnitud de la violencia con la que actuaba la dictadura militar salvadoreña, capaz de destruir cualquier oposición. En Chalatenango acogieron y acompañaron a los campesinos víctimas de la persecución. Ita escribió en aquellos días:

«No sé si es a pesar de, o a causa del horror, del terror, de la maldad, de la confusión, de la ausencia total de justicia; pero sí sé que es bueno estar aquí. Activar nuestros talentos, creer que tenemos los dones necesarios para usarlos para El Salvador; sé que las respuestas a las preguntas vendrán cuando nos hagan falta, que tenemos que caminar con fe un día a la vez por un camino lleno de obstáculos, de desvíos. Parece que esto es lo que significa para nosotras estar en El Salvador»¹⁷.

El 23 de agosto, salieron en un jeep para recoger a un perseguido político y protegerlo llevándolo a la casa que ambas compartían. Durante el camino de regreso las sorprendió una gran tormenta y fueron arrastradas por la crecida río abajo. Carla empujó a Ita a través de una ventanilla del vehículo, y esta consiguió agarrarse a una rama y sobrevivió. A la mañana siguiente el cuerpo de Carla fue hallado sin vida. Para Ita supuso un golpe tremendo.

Las hermanas de Maryknoll se reubicaron: Maura Clarke, que había llegado a El Salvador poco antes, se unió a Ita en Chalatenango. Sus hermanas, amigos y familiares recuerdan a esta como una mujer llena de vida, de fe, poseedora de un espíritu libre, de búsqueda interior, lo que la llevó a adquirir un compromiso fuerte.

Maura Clarke

Nació en Queens, Nueva York, el 13 de enero de 1931. Cuando cumplió 19 años ingresó en la Congregación de Maryknoll, y unos años más tarde, en 1959, fue a Nicaragua, donde ejerció como profesora y realizó trabajos pastorales en la diócesis de Siuna, en el este del país, una diócesis pequeña de unos 5.000 habitantes.

El contraste entre la pobreza de los mineros y la riqueza de los canadienses, dueños de las minas de oro, fue impactante. La esposa del director de las minas ofreció a las hermanas una casa desocupada para hacer en ella retiros y reuniones. Maura la utilizó un par de veces, pero se sentía incómoda y decidió no hacerlo más. Prefirió ser vecina y amiga de las familias pobres.

Había llegado a un país gobernado por la dictadura de la familia Somoza, que se había mantenido en el poder desde 1937 y que dirigía el país como si fuera una hacienda propia. Aunque Siuna estaba lejos de Managua, hasta allí llegaban los rumores de torturas, asesinatos y desapariciones a manos de la Guardia Nacional. El régimen se volvía más represivo, mientras el pueblo se organizaba para luchar por sus derechos democráticos, y para la

transformación social y económica del país.

En 1968, las hermanas decidieron trasladarse a lugares más necesitados. Maura fue al barrio de Miralagos, en las afueras de Managua, donde sobrevivían en carpas y chozas de cartón miles de personas desalojadas de sus tierras por los proyectos agroindustriales. Hicieron lo posible para proveer albergue, alimentos y servicios médicos a los desplazados. Trabajaban en la parroquia y vivían con la comunidad en el tercer piso del centro parroquial cuando fueron sorprendidas por el terrible terremoto de 1972. Managua fue sacudida y devastada, y ellas quedaron atrapadas en aquel piso. Consiguieron salir a través de una ventana e inmediatamente empezaron a atender a los heridos y a colaborar para sacar a los muertos de entre los escombros.

De Maura decían: «Era muy generosa [...] podía dar lo que tenía a un pobre. Estaba acostumbrada a vivir en la pobreza [...] siempre veía lo bueno en los demás, era muy mansa y la gente se sentía amada por ella».

Era compasiva y pacífica hasta el punto de parecer tímida, pero dio un paso adelante y se puso al lado de la resistencia. Cuando varios agentes de la Guardia Nacional de Somoza intentaron capturar a unos jóvenes se paró frente al automóvil de aquellos y les gritó: «¡No pueden llevarse a estos jóvenes! ¡Suéltelos!». Los guardias soltaron a los muchachos y la gente que presenció el hecho siempre lo recordaba como si se tratase de un momento histórico. «Si una persona tan pacífica como Maura puede vencer a la Guardia Nacional, ¿qué podríamos hacer nosotros?».

Maura y otras hermanas acompañaron a una campesina, Amanda Pineda, a un juicio contra quince miembros de la Guardia Nacional que la violaron repetidamente durante cuatro días. También acompañó a la gente del barrio para protestar contra la empresa de agua potable por cobrar cantidades excesivas.

En 1977 regresó a los Estados Unidos para trabajar en el programa «conciencia mundial», dando charlas sobre la situación de Nicaragua. En cierta ocasión expresó: «Veo este trabajo como una manera de despertar la preocupación por las víctimas de la injusticia en el mundo; un medio para el cambio, para compartir y contribuir con el sufrimiento de los pobres y los marginados, las no-personas de nuestra familia humana».

Aunque ya no estaba en Nicaragua el 19 de julio de 1979, cuando cayó la dictadura de Somoza, recibió la noticia con alegría. Después de veinte años conocía bien este sistema. Vio con sus propios ojos cómo buena parte de la ayuda internacional que llegó al país después del terremoto terminó en los bolsillos del dictador, su familia y sus amigos. No le extrañó nada el espíritu de alivio, de alegría, de esperanza y libertad que encontró cuando un año después, en 1980, regresó al país centroamericano. Decía de ella misma que experimentaba el «burbujear del espíritu». Escribió lo siguiente a sus padres:

«Me gustaría quedarme en Nicaragua pero sé que tengo que ir a El Salvador para ver si es bueno para mí. No se preocupen por mí, el Señor nos cuida a todos. Recen para

que el trabajo de Dios por liberar a su gente, aquí y en todas partes, sea evidente y crezca con fuerza. No debemos temer. Pase lo que pase, estamos unidos a Dios y unidos unos a otros».

Estaba reflexionando sobre la insistente llamada de ayuda de monseñor Romero y comenzó a discernir si este había de ser su nuevo servicio. Fue a El Salvador para estudiar sus posibilidades. Era una decisión dura asumir tal desafío humano y pastoral en tiempos de persecución. Después de la muerte de Carla, decidió ocupar su lugar y trabajar junto a Ita. Se sumergió pastoralmente con las víctimas de la represión y escribió:

«Tenemos refugiados, mujeres y niños en nuestra puerta y algunas de sus historias son increíbles. Lo que sucede es tan imposible, pero pasa. La paciencia de los pobres y su fe ante este terrible dolor me llama a responder y vivir desde lo más profundo».

Desde la sede de Maryknoll fue enviada una hermana con la misión de comunicar a la comunidad que no tenían la obligación de permanecer en El Salvador, y que valoraran el riesgo que ello suponía. Pero todas expresaron su deseo de quedarse, pues creían que esta era la voluntad de Dios.

A comienzos de noviembre llegó el primer aviso. Maura e Ita recibieron un mensaje en forma de dibujo, un cuchillo clavado en una cabeza humana, que apareció colgado en la puerta de la casa parroquial donde vivían, y que tenía un mensaje escrito: «Esto es lo que

le va a pasar a cualquiera que venga a esta casa porque curas y monjas son comunistas».

Las hermanas de Maryknoll en El Salvador viajaron a Nicaragua para asistir a una reunión de todas las que trabajaban en Centroamérica. El punto fuerte del programa fue la situación en El Salvador. Todas apoyaron su presencia en ese país y se comprometieron a invitar a otras hermanas para que las acompañaran.

La noche del 1 de diciembre y víspera de sus muertes, mientras los misioneros de Cleveland cenaban con el embajador de los Estados Unidos, una segunda amenazada fue introducida en la casa de Chalatenango. Pocas horas antes, Ita leyó estas palabras de Romero en la reunión de Nicaragua:

«Cristo nos invita a no tener miedo a la persecución porque, créanlo hermanas y hermanos, que quien se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino de los pobres: ser desaparecido, ser torturado, ser capturado, aparecer cadáver».

Ita y Maura se despidieron para regresar a El Salvador. Ese día, también en Chalatenango, una lista de un escuadrón de la muerte con sus nombres y el de todo el personal de la parroquia le fue mostrada a un trabajador con este mensaje: «He aquí una lista de la gente que vamos a matar, y esta misma noche comenzaremos».

Un político informó a la embajada de los Estados Unidos que había alcanzado a oír una transmisión de radio con el siguiente contenido: «No, ellas no llegaron en el vuelo. Tendremos

que esperar al próximo».¹⁸ Este mensaje sugería que la Guardia Nacional esperaba la llegada de Maura e Ita. Un complot estaba planificado.

Dorothy Kazel

Nació en Cleveland, Ohio, el 30 de junio de 1939. A los 21 años, se unió a la Orden de las Ursulinas en Cleveland, donde realizó buena parte de su formación. En 1967 se ofreció para ir de voluntaria a El Salvador, expresando públicamente su deseo de servir a la gente latina e indígena. En ese momento su petición no pudo hacerse realidad, por lo que comenzó a servir a los pobres y marginados donde vivía. En 1974, volvió a ofrecerse y esta vez su solicitud fue atendida.

En El Salvador se unió al grupo de misioneros de la diócesis de Cleveland. Nueve personas que trabajaban en tres parroquias. Su principal tarea consistía en visitar a las familias y preparar a los fieles para recibir los sacramentos. Al final de los años setenta, y ante la agudización de la violencia en el país, la misión se planteó nuevos desafíos. Así lo expresó el sacerdote Stephen de Mott:

«Dorothy ocupaba cada vez más su tiempo en trasladar, en especial a mujeres y niños, a los centros de refugiados. Escribía acerca de los cadáveres que día a día encontraba mutilados a lo largo del camino como una realidad de violencia enfermiza y diabólica».

En esos años crecía la tensión y la violencia represiva contra las organizaciones populares por parte de las

fuerzas militares y paramilitares del Gobierno. En una cinta grabada, Dorothy expresaba cómo percibían estas fuerzas el trabajo que se realizaba en la parroquia:

«Ellos siempre nos llaman comunistas. La Guardia es el grupo que comete todos los asesinatos. Están frente a la iglesia. Así que, cuando se hace cualquier cosa escuchan lo que estamos diciendo, y no decimos nada “malo” ni comunista, como nos acusan...»

A Dorothy esta realidad le supuso cuestionarse su propia fe. La comprensión de la realidad, el dolor y el sufrimiento de la gente la fue transformando. La muerte iba cercando la misión, y todos rezaban y reflexionaban sobre qué pasos dar. En esos meses, el equipo había ampliado su ministerio para incluir el transporte de refugiados y la entrega de víveres, y así responder a las necesidades de las víctimas de la violencia. Dorothy y Jean transportaban a la gente que huía de la represión en Chalatenango. Indignada por el papel que su propio país jugaba en la represión, en septiembre de 1980 escribió una carta al presidente Carter:

«Soy la hermana Dorothy Kazel, una misionera norteamericana que trabaja en el país de El Salvador. La razón por la que le escribo viene de una experiencia que tuve ayer por la tarde que repugna más a una norteamericana debido a la ayuda que nuestro país ha dado al Gobierno salvadoreño para «vehículos y comunicación». En la madrugada del 22 de septiembre, los soldados del

ejército de El Salvador allanaron casas en San José Villanueva. Pareciera que este grupo siguió avanzando por la carretera hacia los cantones en sus camiones poderosos y con su equipo de comunicación.

A eso de las 6.00 o 6.30 de la mañana mataron a diez o más personas de un cantón y siguieron hacia arriba y mataron a diez o más personas adicionales. Un anciano venía caminando con tres vacas, fue asesinado. Un joven iba bajando para bañarse por el pozo, fue asesinado. Una muchacha de unos 12 años tenía en sus manos la letra de una canción escrita en honor de uno de los sacerdotes mártires. Los soldados la declararon subversiva y la mataron. Y lo más espantoso es que soy norteamericana, y mi Gobierno dio el dinero para el «equipo duradero» que tienen, de modo que les resulta relativamente fácil llegar hasta los cantones más miserables y matar a inocentes por la información falsa que reciben. Me gustaría saber qué piensa de esta situación, Sr. Presidente, y si sabe cuántas personas inocentes estamos ayudando a matar. ¿Cómo puede conciliar todo esto?»

A pesar de presenciar tanta muerte y tanto dolor, irradiaba una profunda fe en la presencia activa de Dios entre la gente pobre y creyente. Antes de su muerte escribió a la diócesis de Cleveland:

«Si miramos El Salvador en conjunto, descubrimos que es un país retorciéndose de dolor –que diariamente se enfrenta con la pérdida de

muchísima gente—. Pero al mismo tiempo espera y anhela la paz. La fe inquebrantable y el valor que tienen nuestros líderes en seguir proclamando la palabra de Dios, aunque esto signifique “dar la vida” por los demás, en sentido real, es un punto de admiración y comprensión viva de que Jesús está aquí con nosotros y nosotras. Sí, tenemos ese sentido de esperar y anhelar la consecuencia de su Reino. Sin embargo, ya sabemos que vendrá porque podemos celebrarlo a Él ahora».

También dejó escrito:

«Diciembre está llegando. ¿Qué nos traerá? En primer lugar va a traer Adviento, tiempo de espera y esperanza. Si vemos este país con todo su dolor, que cada día enfrenta la pérdida de mucha gente, a pesar de esto, espera y lucha por la paz. Creo que para nosotros son importantes dos características: un pueblo que espera, que aguanta con mucha paciencia el dolor para tener la paz. Y un pueblo que lucha, que da su sangre para esta paz. La fe y el valor con los que se continúa predicando la palabra del Señor significan arriesgar la vida por los demás en sentido realista»¹⁹.

Jean Donovan

Nació en Westport, Connecticut, el 10 de abril de 1953. Era misionera laica de la diócesis de Cleveland. Máster en Administración de Empresas, trabajó en una compañía como gerente. Iba encaminada a una carrera profesional exitosa, pero buscaba algo más en su

vida, y en 1979 se unió al grupo misionero de su diócesis con esta intención: «Quiero acercarme a Dios y no conozco otra manera de hacerlo».

Había estado en Irlanda, donde conoció por primera vez el mundo de los pobres. Entró en relación con Fray Crowley, que había sido misionero en Perú y quien la introdujo en la comprensión de un mundo diferente que hizo se cuestionara su propia vida y la inició en el seguimiento de Jesús. Esa experiencia la llevó a optar por otros valores y estilo de vida. Pasó cuatro meses capacitándose para ser misionera laica en la sede de Maryknoll. La directora de aquel programa de formación la describió así: «Inteligente, cariñosa y apostólica, y creo que, a pesar de su espíritu juguetón, o tal vez a causa de él, será una buena misionera».

De ahí viajó a Guatemala para estudiar castellano. Llegó a El Salvador en agosto de 1979, cuando la represión se intensificaba y la Iglesia se convertía en blanco de sospecha para las fuerzas gubernamentales. Fue administradora en la oficina de Cáritas y ayudó a Dorothy Kazel a distribuir alimentos a los pobres y refugiados. Su madre comentó: «Jean se tomaba muy en serio su compromiso con los pobres, motivada por San Francisco de Asís y por monseñor Romero. Estaba especialmente comprometida con los niños».

Era una conocida seguidora de monseñor Romero, frecuentaba la catedral para escuchar sus homilías. Después de que monseñor fuera asesinado, Jean y Dorothy pasaron la noche en vigilia, cerca de su ataúd. El 30 de marzo estaban presentes en el funeral cuando la misa fue interrumpida por disparos y bombas que terminaron por

provocar una estampida. La masacre dejó 44 personas muertas y centenares de heridos. Jean pensó que había llegado el día de su muerte; se quedó entre la gente que, desesperada, entró en la catedral buscando un refugio seguro.

Rodeadas por la violencia, seguían con su trabajo. En su camioneta blanca, recogían personas desplazadas de sus lugares por la represión. Distribuyeron medicinas a enfermos y heridos y los trasladaron a centros médicos. No podían llevarlos a los hospitales públicos por temor a que los mataran. Mientras viajaban por las comunidades y las parroquias rurales realizaban todo tipo de obras de misericordia: acompañaban a personas en peligro, llevaban víveres a lugares inaccesibles para otros, escuchaban testimonios de asesinatos, se ocupaban de que fueran debidamente enterrados los cadáveres mutilados que encontraban en las cunetas. Dorothy y Jean ayudaron a Ita Ford y Maura Clarke en Chalatenango. Ellas fueron las que las bautizaron como «el equipo de rescate».

En otoño Jean se tomó unas vacaciones y partió para Irlanda. A sus amigos, que trataron de persuadirla para que no regresara a El Salvador, les contestó riendo: «Ellos no matan a norteamericanas rubias y de ojos azules».

Mientras la violencia devoraba el país, sintió el reto personal de intentar hacer frente a la situación, de comprender lo que estaba pasando. Tarea que representó una prueba para su fe:

«Tengo 26 años. Debería estar casada. No debería andar corriendo y haciendo esto. Pero después me pongo a pensar: tengo tantas cosas que quiero hacer. Es difícil cuando

veo a mis amigas y amigos ya casados, con sus bebés. Es algo que he pensado... ¿Alguna vez tendré hijas e hijos? Me pregunto si me lo estoy negando. No quiero hacerlo, pero quizás es lo que estoy haciendo. Después, cuando me siento y converso con Dios, le pregunto: ¿Por qué estás haciéndome esto? ¿Por qué no puedo ser un ama de casa suburbana? Todavía no me ha contestado».

Pertenecía a una familia de clase media-alta. Su padre era ingeniero, jefe de diseño de una compañía constructora de helicópteros que fueron usados en la guerra de Vietnam. El patriotismo de su familia, o el que ella misma llegó a sentir, chocaba con lo que veía en El Salvador y con la política que allí desarrollaban los Estados Unidos. Una política que se agravó con la victoria de Reagan y su compromiso anticomunista. Su madre recordaba:

«La situación empeoraba progresivamente en El Salvador después de las elecciones en los Estados Unidos [...]. Los militares creyeron que se les había dado un cheque en blanco, sin restricciones. ¿Quién diría que no fue así? Jean nos dijo que se temía que iba a haber una carnicería en El Salvador».

El 26 de noviembre, Jean, Dorothy y otros miembros del equipo de Cleveland asistieron a un servicio ecuménico con el embajador de los Estados Unidos, Robert White y su esposa. Allí informó al embajador que había visto helicópteros estadounidenses de tipo Huey sobrevolando El Salvador. White

respondió: «No tenemos de esos aquí». Cuando Jean insistió que los helicópteros eran estadounidenses —los había reconocido porque su padre los había fabricado años atrás—, White dijo: «Tenemos que hablar más de esto. No deben estar en este país». Entonces invitó a los misioneros a cenar en su residencia el 1 de diciembre.

Los helicópteros habían sido fabricados en los Estados Unidos y estaban entrando desde Honduras, país que la potencia norteamericana usaba como base para enviar numerosos asesores militares. Con el embajador conversaron hasta muy entrada la noche y se quedaron en su residencia hasta el día siguiente.

El 2 de diciembre, Maura Clarke e Ita Ford regresaron a El Salvador desde Managua. Cuando las vieron bajar del avión, miembros de la Guardia Nacional llamaron por teléfono a su comandante pidiendo instrucciones. Cinco guardias vestidos de paisano continuaron su vigilancia fuera del aeropuerto, adonde habían acudido Jean y Dorothy para recogerlas. A la salida del aeropuerto guardias nacionales sin uniforme detuvieron el automóvil y a sus cuatro ocupantes las llevaron a un área aislada donde las golpearon, las violaron y las mataron con disparos realizados a corta distancia.

Unos campesinos vieron una camioneta blanca dirigirse a un lugar solitario, escucharon disparos de ametralladora y de armas ligeras y, a continuación, vieron a cinco hombres huir de la escena del crimen en la misma camioneta. Después, se encontró la camioneta quemada cerca del aeropuerto.

A la mañana siguiente, fueron hallados los cuerpos de las cuatro muje-

res en un camino y las autoridades locales mandaron que los quemaran. Los campesinos comunicaron al sacerdote del pueblo lo ocurrido y la noticia llegó al obispo y al embajador de los Estados Unidos.

El Gobierno norteamericano manejó muy mal el caso. Oficiales de la Administración Reagan se refirieron a «investigaciones» que indicaban que las «mujeres no se detuvieron en un puesto de control», que «se estableció un intercambio de disparos», y sugirieron voces de que las mujeres «no eran simplemente monjas, sino activistas políticas».

Mientras aumentaba la ayuda militar de los Estados Unidos a El Salvador, la madre de Jean escribía: «Jean merece, por lo menos, que su país nativo no recompense a sus asesinos».

Sin embargo, unos años después, uno de los responsables, el general Casanova, fue nombrado ministro de Defensa en el Gobierno «democrático» de Duarte.

La ley de Amnistía tiene atrapado a El Salvador, a su historia, por aquellos que quieren la impunidad. Los hechos que han de juzgarse son complejos, con repercusiones nacionales e internacionales, pero dejarlo todo como está es traicionar a las víctimas, a la historia de ese país y al resto de América. El problema a nivel nacional reside en la falta de decisión política y de recursos jurídicos para terminar con la impunidad y en la pretensión de ocultar hechos criminales cubriéndolos con un manto de olvido.

Urge que El Salvador reivindique la dignidad, la verdad, la justicia y la paz, valores indispensables para que el país viva en armonía. Curar las heridas

del pasado es un compromiso para el presente y el futuro. La tarea de una reconciliación genuina podrá surgir de un acuerdo nacional por la justa reparación a las víctimas del conflicto.

4.3. Oración y discernimiento ante la eminencia de la muerte

Al presentar las vidas de estas mujeres comprobamos cómo cada una conoce la realidad y es consciente del peligro que corre. Han sido testigos del asesinato de monseñor Romero, y sienten cómo la muerte las va cercando. A pesar de ello no dejan de atender a las víctimas de la violencia, a estar con ellas, a rezar por ellas, a reunirse continuamente para saber cuál ha de ser el siguiente paso.

Con distintas palabras expresan el dilema: ¿regresar a los Estados Unidos o permanecer dispuestas a perder la vida? Una decisión límite del amor, dispuesto a dar la vida si fuera necesario. Y desde lo más hondo de su ser y expresado de formas bien diversas, surge la exclamación: «¡Aquí estoy, Señor!».

La opción de Ita y Maura de ir a El Salvador fue el resultado de años de oración, de haber aprendido a leer los signos de los tiempos como parte de su misión. Su educación las preparó para ser maestras, pero las necesidades de la Iglesia que vivía en medio de una guerra civil les sirvieron de llamada para dar un paso más en el camino hacia la Cruz.

Ita comentaba que de repente se sentía inundada con una alegría y un amor que solo se da como don: «Empecé a experimentar la verdadera ora-

ción contemplativa, acompañada por la paz, el amor y la alegría».

En medio de la violencia y la falta de un estado de derecho pudo decir: «Es un privilegio ser parte de una Iglesia de mártires, gente de fe comprometida y fuerte».

Maura se recluía un par de días para dedicarlos a la oración y el silencio. Cuando fue a los Estados Unidos llevó consigo la situación de Nicaragua:

«Entré en un período de tristeza y profunda soledad, y lloré por mi separación de la gente que amo, las Hermanas, los Padres, todos. He visto a gente torturada que, como Cristo, lucha por la justicia, y me imaginaba a los gobernantes y militares como los sumos sacerdotes. Veía a los pobres —Ricardo, Asunción, Dionisio— como Jesús torturado».

Maura e Ita estaban convencidas de hallarse donde debían, y eso les daba paz: «Seguimos dando lo que podemos, porque la vida está amenazada por males mucho peores que la muerte: el odio, la manipulación, la venganza y el egoísmo».

Los días eran a menudo difíciles y el forcejeo interior interrogó a Maura:

«Mi miedo a la muerte me está desafiando porque los niños, las muchachas, jóvenes encantadoras, y las personas adultas y viejas son asesinadas a tiros, cortadas con machetes, sus cuerpos tirados por el camino y se prohíbe enterrarlos. Nuestro Dios debe tener una nueva vida de alegría y paz inimaginable preparada para estos preciosos des-

conocidos, los mártires no reconocidos. Uno clama: “¿Señor hasta cuándo?”, y entonces me arrebató el miedo, cuando me toque muy de cerca, me pregunto: “¿seré fiel?”».

Pero se reafirmó en su compromiso ante las hermanas de Centroamérica. Ella dijo que permanecería en El Salvador para buscar a los desaparecidos, rezar con las familias de prisioneros, enterrar a los muertos, trabajar y quitar las ataduras de opresión, pobreza y violencia: «Los días serán difíciles y peligrosos, pero tengo confianza en Dios. Quiero quedarme». Y escribió: «Creo que estoy en lo correcto. Estoy empezando, el Señor me está enseñando, tengo paz aun sabiendo que pasaré dificultades, fracasos, frustraciones y por el terror ante todo lo que nos rodea. Dios está presente en Su ausencia aparente».

La renovada decisión de Jean y Dorothy de continuar con la misión también fue el resultado de muchos ratos de oración y reflexión, y del deseo de ayudar a los pobres con su presencia misionera. Dorothy escribe:

«Hoy hemos conversado mucho sobre lo que podría suceder. La mayoría de nosotros piensa quedarse. Pensé que debía decírtelo a ti, pero a nadie más, porque no creo que los demás lo puedan comprender. Quiero que sepas lo que pienso y lo guardes en tu corazón. Si llega el día en que otros necesiten entenderlo, por favor, explícaselo».

Jean y Dorothy, amigas de misión, eran conscientes de la vigilancia que sobre ellas ejercían los militares. Jean decía en sus oraciones: «Creo que el

sufrimiento que uno lleva es quizás el modo que Dios emplea para llevarnos al desierto, preparándonos para encontrarnos con Él y amarlo plenamente».

Y antes de su muerte, escribió:

«He decidido más de una vez dejar El Salvador, y podría hacerlo si no fuera por los niños, las víctimas pobres, heridas por esta locura. ¿Quién los va a socorrer? ¿Qué corazón puede optar por lo «razonable» en medio de este mar de lágrimas e impotencia?»

Todas estas mujeres discernieron que permanecer en El Salvador era estar en el lugar correcto, el lugar donde expresar su fidelidad al Evangelio. Haciendo visible el amor de Dios, dejaron todo hasta dar la vida en medio del pueblo al que amaban. Las cuatro misioneras, con su sencillez y amor, entraron fácilmente en el mundo y la vida de las víctimas: acompañando, dialogando y sosteniendo sus vidas.

4.4. Mujeres que dieron su propia vida

Las vidas de estas mujeres fueron al mismo tiempo ordinarias y extraordinarias. Su experiencia les había enseñado a estar abiertas a nuevas situaciones, cuyas necesidades eran mayores.

La amistad jugó un papel importante. Ita Ford y Carla Piette habían vivido y trabajado juntas en Chile antes de llegar a El Salvador. Personas cercanas a ellas las describen como opuestas, aunque a la vez parecidas, la una extrovertida y la otra reservada. Pero compartían lo fundamental:

«Lo que compartían más profundamente era una seriedad respecto a la vida, la cual incluía el humor, también el dolor, y una seriedad impaciente con todo aquello que no fuera la verdad o que fuera contrario al Reino de Dios. Algunos dicen que era una amistad algo parecida a la de David y Jonatán. El don de amistad que tenía Ita era fruto de su escucha atenta ante la vida, su sensibilidad ante las distintas situaciones, su necesidad de entender y su cautela en el momento de juzgar, su capacidad de aceptar a las personas tal como eran y respetar lo que decían».

Fue Carla quien le salvó la vida a Ita, sacrificando la suya propia. En el entierro, Ita escogió el texto que habla de que no hay amor más grande que dar la vida por sus amigos.

Por medio de la amistad y la experiencia comunitaria, lograron sobrevivir a las constantes tensiones con las autoridades gubernamentales y la incesante presencia militar. Fue la misión compartida, construida sobre la base de la oración, la búsqueda común y el cariño, lo que les permitió acompañar a un pueblo perseguido e intimidado.

En Dorothy, Ita, Maura y Jean vemos a la mujer cristiana en América Latina y el Caribe. Una mujer constantemente golpeada, violada y asesinada. Cristo crucificado está personificado en estas cuatro mujeres. Mujeres que se unieron al pueblo, que lo amaron y que desde sus entrañas creadoras y de su coraje sacaron la fuerza necesaria para no abandonar nunca a los sufrientes, a pesar del grave riesgo que corrían. Vivían de esta manera su promesa de entregar el amor que latía en su corazón.

5. AMIGAS FUERTES DE DIOS Y DE LOS POBRES

Las biografías de estas mujeres ponen de relieve el papel que desempeña la mujer en la Iglesia y en el proceso para que se haga justicia a un pueblo. Dejan en evidencia que desde la feminidad aportan lo específicamente suyo, el cuidado y la entrega sin límites, la sencillez y la pobreza, el sentimiento de igualdad, la compasión activa, la proximidad, la capacidad de acompañar en el dolor, la fortaleza en el conflicto, la aptitud para discernir y tomar decisiones, la lucidez para analizar la realidad y su innegable liderazgo y popularidad.

Ellas simbolizan y concretan esa vida religiosa latinoamericana y caribeña que intenta llegar allí donde otros no se atreven. Jon Sobrino expresa esta realidad con mucha claridad cuando habla de Maura, Ita, Dorothy y Jane:

«Estas cuatro mujeres nos han dado lo mejor que los Estados Unidos tiene que ofrecer: la fe en Jesús en vez de la fe en el dólar todopoderoso; el amor por las personas en lugar del amor por un plan imperialista; la sed de la justicia en vez de la lujuria por la explotación. Por medio de estas cuatro [norte] americanas, en estas mujeres, las iglesias de El Salvador y de los Estados Unidos se volvieron Iglesias hermanas. El Salvador les regaló nuevos ojos, y contemplaron

el cuerpo crucificado de Cristo en nuestro pueblo; les dio nuevas manos y ellas curaron las heridas de Cristo en la gente de nuestra tierra. Los Estados Unidos de América nos dieron mujeres que dejaron su tierra para dar. Y lo dieron todo con sencillez. Ellas dieron la vida misma»²⁰.

Hoy en nuestro mundo continúan existiendo situaciones que requieren «darlo todo por amor». Alice, Léonie, Maura, Ita, Dorothy y Jane pasaron por la vida haciendo el bien. ¿Para quién ese bien fue una amenaza? ¿Quiénes les temieron y por qué? Se mata a quien estorba, se mata a quien se teme, se mata en este caso por «odio al amor». Amor que se propaga, que ilumina y protege al desvalido.

1. ARENDT, Hannah (1988). *Entre la historia y la acción*. Barcelona: Paidós, pág. 87.
2. También otras mártires como Teresa Ramírez Vargas o Dorothy Stang. Para una visión más exhaustiva y amplia de estas vidas entregadas: cf. TEMPORELLI, Clara María (2014). *Amigas fuertes de Dios, ¿amenaza? ¿para quiénes?* Medellín: Orden de la Compañía de María.
3. Citado en ROSANVALLON, Pierre (2003). *Histoire conceptuelle du politique*. París: Editions du Seuil, pág. 28.
4. Las Conferencias del Episcopado Latinoamericano celebradas en Medellín (Colombia) el año 1968, y en Puebla (México) en 1979, recepcionaron el Concilio Vaticano II (1962-1965) y se dio un importante giro al devenir de toda la Iglesia latinoamericana.
5. El término «mártir» tiene su raíz en el griego *martyrs*, que significa «testigo».
6. Cf. Padre Arrupe, 19 de marzo de 1977.
7. Villa Miseria, o Villa de Emergencia, es la denominación que en Argentina se da a los asentamientos en terrenos fiscales sin plan de urbanización ni servicios básicos como electricidad, agua potable, cloacas, gas... Sus habitantes proceden en su gran mayoría del interior del país, de provincias de Argentina y de países limítrofes, atraídos por la posibilidad de trabajo en las grandes ciudades.
8. SEOANE, María (2001). *El Dictador*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
9. WELTY-DOMON, Arlettee (1984). *Soleil de Justice*. París: Ed. Les Éditions ouvrières. Traducción del francés de María Soledad Seoane y María Laura Duhalde (1987). *Sor Alicia, un sol de justicia*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto SRL. Todas las citas están extraídas de cartas a su familia, págs. 81-89.
10. BOUSQUET, Jean Pierre (1983). *Las locas de la Plaza de Mayo*. Buenos Aires: Cid Editor.
11. *Ibidem*, págs. 102-103.
12. «In memoriam de Léonie Duquet», *La Vaca*, Buenos Aires, 27 de septiembre de 2005.
13. «Vivas y con buena salud», *La Nación*, Buenos Aires, 15 de diciembre de 1977.
14. «Tecnología, tenacidad y una muestra de sangre traída de Francia en secreto», *Clarín*, 30 de agosto de 2005.
15. Cf. «Realidad nacional», *Carta a las Iglesias*, El Salvador, 4 de febrero de 2009.
16. Cf. HERRERA, Antonio, *Influencia de la guerra civil en El Salvador (1980-1992) en el desarrollo de la prensa nacional*. Facultad de Humanidades y Ciencias del hombre. Universidad Tecnológica de El Salvador.
17. BRACKLEY, Dean, S.J. (ed.) (2010). *Cinco testigos solidarios*. El Salvador: Centro Monseñor Romero-UCA, Cuaderno núm. 26, pág. 42.
18. Cf. WARBURG Ph. y ZORN, J. (1982), *Justice in El Salvador; a Case Study: A Report on the Investigation into the Killing of Four U.S. Churchwomen in El Salvador*, Nueva York: The Committee, pág. 22.
19. *Carta a las Iglesias*, El Salvador, diciembre de 1988, pág. 7.
20. *Carta a las Iglesias*, El Salvador, diciembre de 1995, pág. 10.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué sentimientos nos despierta el testimonio de estas mártires? ¿Nos sentimos formando parte con ellas «de la misma corriente vital», tal como sugiere la autora en la introducción?
2. ¿De que modo el «martirio» sigue teniendo sentido en el mundo actual? ¿Qué situaciones de injusticia deberían ser «prioridad profética» para nuestra iglesia y nuestras comunidades?
3. La autora afirma en una de las páginas del cuaderno «los mártires hacen creíbles la fe cristiana y la iglesia». ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? ¿De qué modo el compromiso de estas religiosas da credibilidad a nuestra fe?
4. En el cuaderno se hace referencia también a la aportación específica de la mujer en la iglesia y en los procesos de lucha por la justicia. ¿Como definirías esta aportación?

Cristianisme i Justícia (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios creado en 1981, promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo fe-cultura-justicia.

Los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)** presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns

Últimos títulos:

184. J. F. MÀRIA, E. DEVUYST, Las minas del rey Leopoldo; 185. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Una Iglesia nueva para un mundo nuevo; 186. O. MATEOS, J. SANZ, ¿Cambio de época, cambio de rumbo?; 187. S. HERRERA, Atrapadas en el limbo: mujeres, migraciones y violencia sexual; 188. A. CALDERÓN, L. SOLS, Europa, en la encrucijada; 189. J. CARRERA, La revolución de cada día; 190. J. I. GONZÁLEZ FAUS, ¿Dios?; 191. J. SOLS LUCIA, Las razones de Ellacuría; 192. X. ALEGRE, J. I. GONZÁLEZ FAUS, J. MARTÍNEZ GORDO, A. TORRES QUEIRUGA, Rehacer la vida. Divorcio, acogida y comunión; 193. O. MATEOS, ¿De la «tragedia» al «milagro»?; 194. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, La causa de los pobres, causa de Dios; 195. J. LAGUNA, Pisar la luna. Escatología y política; 196. M. GONZÁLEZ MARTÍN, De la hostilidad a la hospitalidad; 197. J. FLAQUER, Islam. La media luna... creciente; 198. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, TERESA CRESPO (ed.), El trabajo: presente y futuro; 199. C. M. TEMPORELLI, Amigas de Dios, profetas del pueblo

La **Colección Virtual** está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)**. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/virtual

Últimos títulos:

6. J. RENAÚ, Un salario que corresponda a la dignidad humana y al bien común; 7. J. L. IRIBERRI, Diez barcas varadas en la playa; 8. D. MOLLÀ, Reflexiones sobre «espiritualidad de trabajo» en tiempos de precariedad; 9. A. ARES MATEOS, Inmigración y nuevas encrucijadas. Cómo ser profeta en un mundo diverso; 10. AA.VV., ¿Qué nos jugamos? Reflexiones para un año electoral; 11. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Romeros de América*

N. 199, junio 2016

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos CJ.
Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - Tel. 93 317 23 38
info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



Cristianismeijusticia